

27. Nicolás de Soraluce y Zubizarreta

(Zumarraga, Gipuzkoa, 1820 – Donostia-San Sebastián, 1884)

ORIGEN FAMILIAR Y ESTUDIOS: Nació en Zumarraga, en la casa Zabalakoa, antigua morada del siglo XVII, de la que habla Mañé y Flaquer en El Oasis, y que está situada frente al puente divisorio de Villarreal. Fue bautizado en la iglesia parroquial de Zumarraga. Fueron sus padres José Antonio de Soraluce y Catalina de Zubizarreta, y era el menor de los nueve hijos que tuvieron. Estudió primera enseñanza en la escuela de Villarreal, con el maestro Pedro de Guridi, que gozaba de gran reputación por aquellos contornos; y desde esta edad data la íntima y continua amistad que siempre tuvo con el inmortal bardo Iparraguirre, a quien más tarde protegió y ayudó muchísimo, como puede verse por la correspondencia habida entre ambos preclaros vascongados. Con el mismo maestro de Villarreal estudió el primer año de latinidad, y con el organista de Zumarraga, Felipe de Ugarte, el canto y piano, siendo muy aficionado a la música y sobre todo a escuchar melodías religiosas y místicas. Desde los 12 hasta los 14 años siguió el estudio de latinidad en Azkoitia, con el respetable y acreditado profesor Agustín de Iraola. De esta estancia en Azkoitia y frecuencia de trato con los jesuitas de San Ignacio de Loyola, quienes le alentaban en sus aficiones de revolver libros, buscar documentos en las bibliotecas y ocuparse en las conversaciones de historia y literatura, vienen su decidido afán por desenterrar las glorias del país y ese cariño constante y estrecho que en toda su vida le unió con la Compañía de Jesús, a la que en muchas de sus obras ha rendido un culto que raya en el entusiasmo y la veneración. Aficionado fue en extremo a la caza y pesca, y buen jugador de pelota.

PRIMERA GUERRA CARLISTA: Estalló la guerra civil y a causa de la amistad de familia con el general carlista Sagastibelza –que fue muerto luego en el sitio de San Sebastián por una granada de la escuadra inglesa que disparaba contra Lugaritz-Soraluce–, empezó a aficionarse a la vida militar, escapándose de casa y siguiendo las partidas carlistas y las columnas liberales, por lo que se halló en medio del peligro, en mil encuentros y escaramuzas. Algunos de sus amigos de Zumarraga recuerdan su arrojo y serenidad en las escapatorias que solían hacer juntos, lanzándose a recoger balas y heridos. Su madre, a fin de evitar esto, y deseando que continuara sus estudios de latinidad para la carrera de Leyes, trató de sujetarlo poniéndolo de amanuense en casa del escribano numeral de Zumarraga, Miguel de Izaguirre, pero según confesión propia del ilustre historiador de Gipuzkoa, echó a un rincón los libros y asistía con irregularidad a la oficina, frecuentando siempre, en cambio, con sus amigos, el trato de los militares y asistiendo a los encuentros de ambos bandos. En extremo animado y alegre, de un carácter honrado, abierto y franco, era de sentimientos e ideas religiosas muy arraigadas. Como la guerra continuaba y su afición a las armas iba en aumento, decidió su madre apartarlo de los campos de Marte y mandarlo a Francia, determinación que fue muy sentida por Soraluce, pues, según refieren sus amigos de Zumarraga, era tal su afición y predestinación histórica, que tomaba apuntes de todo lo que veía, gustándole en extremo estar de conversación con la oficialidad de ambos bandos, a quienes, como hemos dicho, acompañaba en los encuentros. De seguro, que si hubiera habido periódicos entonces con la abundancia que ahora, habría sido un excelente e incomparable corresponsal.

DE FRANCIA A BUENOS AIRES: Tenía 16 años y medio cuando su madre le mandó a Francia, y después de permanecer algún tiempo estudiando el idioma, marchó de Burdeos para Buenos Aires a mediados de enero de 1838, a bordo de la corbeta francesa Guatimozin. Durante la travesía trabó estrecha e íntima amistad con Fr. José Ignacio de Arrieta, natural de Oiartzun, religioso secularizado, muy conocedor de Buenos Aires y Montevideo. Este religioso, en extremo instruido, principalmente en matemáticas, astronomía y geografía, fue el que, a la vez de inculcar los ya arraigados sentimientos religiosos en el corazón de Soraluze, le aconsejó sobre los peligros de la juventud, siendo, puede decirse, su verdadero maestro y cariñoso padre. A sus consejos debió, según confesión propia, grandes consuelos morales y recuerdos inefables. Durante su permanencia en la República Argentina, merced a su intachable honradez y a las bellas prendas de su carácter, se granjeó la amistad y la confianza en aquellas tierras.

HERIDO DURANTE UN EPISODIO BÉLICO EN SUDAMÉRICA: El suceso ocurrió en Paraná el 30 de septiembre de 1845 y puso su vida en gravísimo peligro, durante una de las continuas guerras civiles que entonces estallaban en las repúblicas hispanoamericanas. El marino conocido por El Griego, amigo de Garibaldi, apresó con su corsario, en el mismo puerto de la ciudad del Paraná, hasta siete embarcaciones, cargadas con productos pertenecientes a varios comerciantes de la plaza, y entre estos Soraluze. Habiendo intentado inútilmente recuperarlas, el comandante general de Entre Ríos, Sr. Losa, dio orden de que se reuniera la milicia y de que acudieran también los extranjeros armados. Soraluze acudió a la cita con un dependiente suyo, y a eso de las diez y media de la noche, se situó con las fuerzas en la parte alta de la capitanía del puerto. El corsario se acercó hasta 150 metros del muelle, y empezó el combate entre la milicia y El Griego, quien contestaba con su artillería a la fusilería de los de la población. Varios de los cañonazos fueron dirigidos por El Griego al punto donde se encontraba Soraluze, por ser de donde más vivamente se le hostilizaba, hasta que un metrallazo que estalló en plena guerrilla, hirió gravemente a Soraluze, fracturándole la mandíbula inferior casi en su parte media. Siendo tan grave su herida, Soraluze, antes de la operación, quiso, como buen católico, prepararse bien ante Dios, y con este motivo la ciudad entera y el general Losa le tributaron un verdadero testimonio de cariño, haciendo que las tropas de la guarnición, con música, acompañaran al viático. La operación se la practicó su amigo y comprovinciano el médico cirujano José Francisco de Zabala y esta herida fue la causa del continuo mal de garganta que siempre sufrió desde entonces.

IDAS Y VENIDAS DE ARGENTINA A ESPAÑA: La insistencia de un dolor, cada vez más acentuado, en el cuello y brazo izquierdo, le decidieron a volver a España con objeto de consultar con el célebre e ilustre cirujano Dr. Toca, y visitar a su madre y hermanas, llegando en junio de 1847 a Barcelona, a bordo de la barca Restauración. Abrazó a su madre y hermanas, después de 10 años de ausencia y operado en Bergara, con sumo acierto, por el indicado Dr. Toca, y después de haber recorrido las más importantes ciudades de Francia, Alemania e Inglaterra, nuevamente se embarcó en Le Havre para Buenos Aires, a bordo de la fragata francesa Paraná, al terminar el otoño de aquel año. Desde 1848 permaneció casi constantemente en Buenos Aires, y aficionado en extremo, desde pequeño, como hemos dicho ya, a la historia y geografía, trató mucho hasta 1854 a los estudiosos señores de Castet, luego avecindados en Portugalete, con quienes solía discutir continuamente sobre la historia del país euskaro, y en especial de Gipuzkoa y Bizkaia; siendo esta, según decía Soraluze, la época más grata que pasó en

América. Otra vez volvió a Europa en mayo de 1853, y después de pasar algunos meses en Zumarraga, San Sebastián, provincias bascongadas y naciones antes citadas, comprando mercancías para exportarlas a la Plata, se fue una vez más a Buenos Aires, a fines de noviembre, en el vapor Pampero de la línea de Liverpool. Por tercera vez, de vuelta de América, pisaba la Europa en Southampton, en uno de los grandes vapores ingleses que hacía pocos años se acababan de establecer.

MATRIMONIO E HISTORIOGRAFÍA: A primeros de junio de 1855 contrajo matrimonio con Josefa Bolla y Domerq, dedicándose ya desde entonces a escribir sobre la historia del país, con un desinterés y un entusiasmo que nadie puede negarle en justicia. A él se debe la traída del cuadro de Miguel Lopez de Legazpi, desde Manila; la historia que escribió sobre tan ilustre hijo de Zumarraga, y la conservación de la casa nativa de este, situada frente a la estación del ferrocarril. En sus investigaciones patrióticas le ayudaron dos ilustres donostiarras, el general Echagüe y el Magistrado de la Audiencia de Manila Venancio de Bermingham. Publicó primeramente una recopilación sobre los fueros de Gipuzkoa, y Zumarraga, agradecida, le mandó de caballero procurador a las Juntas Generales de 1859, a Getaria; de 1861, a Segura; de 1862 a Azpeitia, y de 1863 a Zarauz. En 1870, después de más de 30 años de trabajos, dio a luz la Historia General de Guipúzcoa, considerada con razón como su obra más importante y la que ha puesto el nombre de Soraluze a la par de los de Garibay, Larramendi, Iztueta e Isasti, proporcionándole además la honrosa distinción de ser nombrado académico correspondiente de la Real Academia de la Historia, a petición del célebre historiador Modesto de Lafuente. Publicó también la Historia de Juan Sebastián del Cano, obra póstuma de Navarrete que Soraluze arregló y dio a luz a instancias de la familia del finado, dando origen a la polémica sobre el verdadero apellido de Juan Sebastián del Cano, como decía Soraluze, o de Elcano, según otros; Historia de las pescas y pesquerías de los Vascongados; Hombres célebres de Guipúzcoa; La Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, Biografía del ilustre don Javier María de Munibe e Idiáquez (Irún, 1866) y otras obras hasta el número de 33. Deja inéditas gran número de notas para la Historia de los Balleneros Vascos en el Polo Norte y Terranova, y un grueso tomo titulado Apéndice a la Historia General de Guipúzcoa. Era presidente de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Gipuzkoa, y cónsul de las Repúblicas Argentina y del Uruguay.

LIBERAL ISABELINO: Guardó adhesión constante a la Reina Isabel II, estando en el destierro la última Señora de Bizkaia, y obrando siempre con desinterés, se negó a toda recompensa. Las declaraciones que en sus obras y conversaciones hizo siempre Soraluze en pro de la augusta desterrada, fueron las de un leal y cumplido caballero. Cuando Don Amadeo vino a San Sebastián, era Soraluze individuo de la Junta de Beneficencia, y al visitar S. M. la Misericordia, le regaló su obra sobre los viajes de Magallanes y el inmortal almirante de Getaria. Entonces Don Amadeo quiso conceder al historiador de Gipuzkoa una elevada distinción honorífica, que este rehusó respetuosamente. Como individuo de la Junta de Instrucción Pública, prestó grandes servicios, como lo tienen presente los maestros y maestras del país.

SEGUNDA GUERRA CARLISTA: Durante la segunda guerra carlista en el País Vasco, fue elegido concejal, a pesar de sus negativas, y el Ayuntamiento lo nombró primer teniente de alcalde; y ausente el alcalde, le tocó desempeñar las delicadas funciones de presidente en los aciagos días del sitio de Tolosa, acción de Belabieta, etc., alcanzando un voto de gracias del presidente de la República Emilio Castelar y de los generales

Moriones y Loma por los grandes servicios que prestó, mereciendo entre estos especial mención el de haber preparado, de un instante a otro, hospitales y más de 500 camas, para los numerosos heridos que llegaban de aquel memorable encuentro. Soraluze, se negó también entonces a toda recompensa, y todo su afán se reducía a favorecer constantemente a todos, sin distinción de opiniones. A él fue debido el primer canje oficial de prisioneros, y el que se suavizaran un tanto los atropellos y muertes violentas que ocurrían en ambos bandos. Alcalde de San Sebastián, podía y tenía medios particular y oficialmente de estar al tanto de lo que ocurría en elevadas esferas, y tomó sobre sí la grave, pero grandiosa y humanitaria responsabilidad de abrir negociaciones con el enemigo. De acuerdo confidencialmente con los generosos sentimientos del general en jefe Moriones, y aprovechando una ocasión favorable, se dirigió directamente al general carlista Antonio de Lizarraga, marqués de Zugarramurdi. Soraluze le regalaba los dos tomos de su Historia General de Guipúzcoa, y excitaba sus sentimientos humanitarios y religiosos. Soraluze y Lizarraga, corazones católicos, aunque de diferentes opiniones políticas, eran para entenderse y así sucedió; se verificó el canje, y desde entonces se suavizaron, en esta parte, los terribles efectos de la guerra.

EL LINAJE SORALUCE: El apellido Soraluze fue conocido en Gipuzkoa en siglos anteriores. La antiquísima casa solar de Soraluze, existe, hoy algo renovada, en Idiazabal. Son sus armas: sobre campo de oro, un roble y un oso rampante. El nombre de Soraluze lo vemos figurar ya en Gipuzkoa en el siglo XIV, con motivo de la real cédula, carta-puebla, dada por el rey Alfonso XI en el Cuartel Real de Algeciras, frente a la plaza, cuando el sitio contra los árabes, y firmada el 15 de octubre de 1343, mandando, en premio de servicios prestados, que se formase en Gipuzkoa con los habitantes de Erlabia y Placencia, una villa libre y amurallada, que llevase el nombre de Placencia de Soraluze. Dicha villa es la actual Placencia de las fábricas de armas, que conservó su nombre de Placencia de Soraluze, durante siglos, según puede verse en el fuero y los registros de las Juntas. Soraluze (escrito en los documentos Domingo de Soria-Luce), lo vemos figurar también en la conquista del Perú, pues fue uno de los trece soldados que fieles a Pizarro al abandonarlo todos los demás compañeros, se negó resueltamente a ello, y pasó la cruz que sobre el arenal hizo con su espada el conquistador del Perú, como puede verse en la Capitulación entre la reina de las Españas y Francisco Pizarro, fechada en Toledo el 26 de julio de 1529. Este precioso documento, hallado por el célebre historiador Don Martín Fernández de Navarrete, director de la Real Academia de la Historia, dice, entre otras muchas y curiosas concesiones que hizo la reina a Pizarro, que declaraba y hacía nobles e hijosdalgo a los que no lo fueran entre los trece heroicos soldados que acompañaron al conquistador del Perú, cuando este fue abandonado por sus tropas; y a los que ya eran de linaje, entre los cuales se encontraba Domingo de Soria-Luce, los hacía caballeros de espuelas doradas, distinción en extremo rebuscada y altamente gloriosa en aquellos tiempos. En la información de nobleza y linajes, mandada sacar por las Juntas Generales, a mediados del siglo pasado, aparecen también en lugar señalado los Zubizarretas; pero a pesar de esto y de la ejecutoria de nobleza de los Soraluces, nunca el historiador de Gipuzkoa quiso ocuparse de su ilustre linaje, contentándose en responder al que esto le indicara, que ese trabajo de vanidades quedaba para los demás.

HONRAS FÚNEBRES: Su fallecimiento, tras rápida enfermedad, dio origen a una serie de manifestaciones que demostraron el grande aprecio y las generales simpatías de que gozaba. La Real Academia de la Historia, la Excma. Diputación provincial de Gipuzkoa,

el Excmo. Ayuntamiento de San Sebastián, el Ilustre Ayuntamiento de Zumarraga, el respetable clero de la localidad, las corporaciones civiles y militares y el cuerpo consular, se apresuraron a dirigir su pésame a la familia, en honrosísimas comunicaciones; y en la conducción del cadáver y en los funerales, aristocracia y pueblo unidos, rindieron un solemne testimonio de consideración y afecto a la memoria de tan ilustre bascongado. Isabel II, tan pronto como supo la infausta noticia, envió a la familia un cariñoso telegrama dándole el pésame más sentido.

La Diputación de Gipuzkoa y el Ayuntamiento de San Sebastián acordaron además, por unanimidad, que constara en acta el sentimiento con que habían visto la pérdida de uno de los más preclaros hijos del noble solar guipuzcoano.

FUENTES: Antonio Arzac en “Apuntes necrológicos de D. Nicolás Soraluze y Zubizarreta” (en Euskal-Erria, nº 157 de 20 de noviembre de 1884, tomo XI, 1884, pp. 441-448). Esta necrológica de Nicolás de Soraluze, de la mano de Antonio Arzac, la hemos transcrito respetando la literalidad de la misma en muchos de sus párrafos, salvo en la adecuación de algunos términos geográficos a la denominación oficial actual. Y lo hemos hecho así deliberadamente puesto que, aunque su estilo hoy resulta arcaico, estimamos que respetarlo resulta necesario para no perder ningún detalle de la enorme cantidad de información que nos ofrece sobre el biografado y sus circunstancias históricas, personales y de todo tipo. Serapio Múgica, como referencia de la reseña correspondiente en la Auñamendi digital.

APÉNDICE: LA TEORÍA DEL VASCO-IBERISMO

Del extracto de la memoria que viene reproducida a continuación, se deduce la definición de la teoría vasco-iberista que rigió en la cultura vasca desde el siglo XVI, con Esteban de Garibay y que llega hasta el siglo XX con su último representante, Zacarías de Vizcarra. Todos los fueristas decimonónicos y aun los de primeros del siglo XX hasta la Guerra Civil fueron vasco-iberistas, porque en esa teoría encontraban el perfecto anclaje cultural y, por ende, político entre lo español y lo vasco, que era a lo que todos ellos aspiraban.

Memoria leída por D. Nicolás de Soraluze y Zubizarreta en el Ateneo de San Sebastián en Octubre de 1879.

Señores: Voy a cumplir con lo que, después de terminada mi Conferencia en este Ateneo en las sesiones de las noches de 31 de Marzo y 4 de Abril últimos, anuncié y me impuse acerca del tema presentado por el Sr. D. Joaquín Jamar, que fue discutido en aquella y en anteriores sesiones, y que es el que sigue:

¿Interesa que se hagan esfuerzos para la conservación de la lengua euskera?

Su autor, al disertarlo, sostuvo la Conclusión que, sintetizada, es la siguiente:

«El país Vasco-navarro español cuenta ochocientos mil habitantes, (número redondo), de los cuales seiscientos mil hablan el castellano, a la vez que el vascuence una parte de estos, relativamente pequeña, y los doscientos mil restantes hablan solamente el euskara. Debe, pues, procurarse que estos hablen el castellano, y no que en los seiscientos mil vasco-navarros se generalice el Euskara.»

Sobre esta misma conclusión del Sr. Jamar, a la vez de aceptarla como tema para más adelante, también emití mi opinión momentos antes que el Sr. Presidente de la Sección de literatura y bellas artes, D. José de Goicoa, según prescribe el art. 14 del Reglamento, resumiera el debate. Su opinión fue contraria a la del Sr. Jamar, así como las de los Sres.

D. José Manterola, D. Andrés Egoscozabal, D. Serafín Baroja y la del que traza estas líneas, todos comparticipes en aquellos debates.

Al yo tomar parte en estos en la mencionada sesión de 4 de Abril último, e indicar como tema para el Curso académico siguiente para los que quisieran disertar por escrito en pro o en contra, aduje varias consideraciones filológico-histórico-filosóficas, entre ellas la de que, siendo esta la única capital de provincias en que aún se habla la lengua de los íberos o euskaros, tal circunstancia exigía que se diera más amplitud a la discusión.

Reproduje por escrito la conclusión del Sr. Jamar, convertida en tema, en la sesión del mismo Ateneo en la noche de 7 de Abril; más adelante, según dispone el art. 22 del citado Reglamento, mereció la aprobación del Sr. Presidente, y el Ateneo dio también sanción en una de las últimas sesiones del primer Curso académico.

Tales son los antecedentes del punto que a ser objeto de mi actual conferencia ante este ilustre Ateneo.

(...)

Sentados los preindicados antecedentes y fundamentos que sirven de tema de mi actual Conferencia, voy a dar principio a esta tarea sin más preámbulos.

Opinión universalmente admitida es ya la de que los Iberos fueron los primitivos habitantes de España, y los euskaros o vascongados actuales los que, después de algunos miles de años, son sus herederos y representantes.

(Revista Euskara de Pamplona, nº II, 1879, pp. 321-323. La Memoria completa en las páginas y volúmenes siguientes de dicha revista: 321-337 y 353-370, II, 1879; 273-288, 321-328 y 353-358, III, 1880; y 9-14 y 41-45, IV, 1881).